



† **C**ontemplación **I**gnaciana: **A**dentrarse en los sentimientos de **J**esús †

✦ **C**onocimiento **I**nterno del **S**eñor ✦

Cruz de Eginio Weinert

Texto: Yo creo

La invitación de Ignacio

Ignacio conduce al ejercitante *en primer lugar* ante el Crucificado, antes de que contemple la vida de Jesús. Ya en el primer ejercicio de la Primera Semana le conduce a *“imaginarse a Cristo nuestro Señor delante y puesto en Cruz y a hacer un coloquio: Cómo de Criador es venido a hacerse hombre, y de vida eterna a muerte temporal y así a morir por mis pecados.”* (EE 53). Cuando se haya admitido y haya quedado claro que esta cuestión no tiene ninguna respuesta racional, el ejercitante puede continuar con los Ejercicios.

Sólo quien ha sido alcanzado por este amor injustificable, es portador de la profunda nostalgia de “más amarle y seguirle” (EE 104), que se pide en los Ejercicios de la Segunda Semana. Sin conocer la exégesis moderna, Ignacio instintivamente ha recogido la sucesión neotestamentaria: primero el encuentro con Cristo, el Crucificado y Resucitado. Desde aquí puede percibirse su vida y su actuación con la luz auténtica. Lo que sucedió en esta vida hace saltar por los aires el desarrollo normal de las cosas. Es un misterio, que sólo se descubre a aquel que lo contempla con corazón amoroso.

De la fe en Cristo a vivir con Él

Contemplación – ser testigos oculares y oyentes

En la celebración de la Eucaristía contemplamos con nuevo interés y ardiente deseo los diferentes “misterios” de la vida de Jesús. Ellos serán entonces lugar de aprendizaje, en el que tomamos contacto con los sentimientos de Jesús que pueden dejar huella en nosotros.

Para ello Ignacio propone un modo de oración propio, que denominó “contemplación”. Emanada de los relatos descriptivos del Evangelio. Tomemos como ejemplo la péripoca de la curación del ciego Bartimeo. En este pasaje, nuestro deseo en la oración es conocer más de cerca a Jesús como Persona en su unicidad. Por eso pedimos al Señor que se nos dé para conocerle más; “conocimiento interno del Señor” lo denominó Ignacio, EE 104. Con esto se expresa un conocimiento del corazón, que no se detiene en hechos externos y cualidades sino que conduce a la intimidad con la Persona, a la que se ama.

Después leemos el texto de Mc 10,46-52. Entonces se origina en nosotros una representación del lugar y de las personas. Nos convertimos en testigos oculares y oyentes de lo que el texto describe. Nos fijamos especialmente en cómo Jesús está presente, lo que dice y lo que hace. Ya que la mayor parte de los acontecimientos de los Evangelios nos son familiares, es bueno contemplar el texto con precisión. Quizás entonces tropecemos con una u otra cosa, aquí por ejemplo con que el ciego “gritaba

fuerte” y que gritaba “aún mucho más alto” después de que los otros le habían mandado callar enojados; o que Jesús, en primer lugar, le dejó gritar antes de que “se detuviera y dijera: ¡Llamadle!” Y, a continuación, el detalle: “¡Entonces el ciego arrojó su manto y dio un brinco!”

Surgen preguntas: ¿Por qué la gente se ha enfadado? ¿Por qué Jesús se detuvo y no se dirigió al ciego? ¿Qué significado tiene la expresión “hijo de David”? En una contemplación no se trata de reflexionar sobre estas preguntas y buscarles una respuesta, sino de olvidarlas y asombrarse. Esto no es muy fácil porque estamos acostumbrados a interpretar sólo lo insólito que cabe en nuestro horizonte de comprensión. En lugar de esto debiéramos permanecer en la escena con nuestros sentidos y nuestras escenas imaginativas. Se trata de estar presente no de interpretar.

Al final de un tiempo de oración así no “*sabemos*” más sobre Jesús, pero hemos “*experimentado*” lo que se relata. Jesús se nos ha aproximado más por mediación del texto evangélico. Permaneciendo sencillamente así y mirando y oyendo nos acercamos más a la misteriosa singularidad de Jesús. Hacia el final del tiempo de oración entraremos en diálogo con Él de un modo espontáneo. Quizás sea un diálogo sin palabras, en el que sencillamente permanecemos con Él en su cercanía bienhechora.

Detenerse en la nostalgia

El eco de un tiempo de oración así es, en la mayoría de los casos, sobre todo cuando se ha orado por primera vez de este modo, más bien tranquilo y suave, lleno de paz e internamente vital, como después de un descubrimiento inesperado. Si debemos hablar sobre ello estaremos más bien confusos: es difícil formular en palabras lo que hemos experimentado. Se despierta una secreta nostalgia de estar más con Jesús de este modo, de llegar a conocerle más a fondo.

Ignacio ha previsto este modo de oración para todo el proceso de los Ejercicios después de la Primera Semana. Además recomienda contemplar uno y el mismo acontecimiento varias veces. Estas repeticiones son muy importantes. La primera vez se descubre, a pesar de todo el conocimiento del texto, algo nuevo en él, que hasta ahora no se había observado. Puede ser incluso que a uno le extrañen las reacciones de Jesús porque no responden a la imagen que teníamos de Él, por ejemplo lo que Él exige del ciego Bartimeo. En las repeticiones ya apenas se tropieza con algo que pudiera satisfacer la curiosidad. Ahora se trata de permanecer en esta mirada para detenerse en lo percibido. Sencillamente mirar y oír lo que se ha presentado para ver y oír. Los otros sentidos, el tacto, el olfato y el gusto pueden añadirse. La contemplación

se desarrolla por la aplicación de todos los sentidos. Por medio de las repeticiones se ha hecho más pasivo el movimiento de la oración. El misterio de una persona no se descubre al curioso, sino al que espera amorosamente. Jesús puede revelar más Su misterio, el misterio del Hijo del Hombre, que es el Hijo del Padre, poco a poco.

Aprender a ver con el corazón

“Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han tocado nuestras manos, es lo que anunciamos: la Palabra de la Vida.” 1Jn 1,1 ¡Una curiosa formulación! La Palabra de la Vida debe ser vista con nuestros ojos y tocada con nuestras manos. Lo que el texto evangélico nos deja ver con los ojos y oír con los oídos mueve nuestro corazón para que comencemos a ver con el corazón.

Vivir la vida diaria con Cristo

Cuando practicamos este modo de oración en la vida diaria durante un tiempo más largo, tiene efectos sobre nuestra vida. Guiados por la nostalgia de vivir con Jesús, buscamos no romper la relación con Él tampoco durante el día. Si la oración personal puede realizarse por la mañana es muy útil para esto. Entonces es más sencillo mirar todo lo que nos suceda con Él y desde Él. De este modo caeremos con menos frecuencia en nuestras reacciones acostumbradas. Comenzamos poco a poco a mirar con Sus ojos lo que nosotros vemos, a oír con Sus oídos lo que nosotros oímos. Le ponemos a Su disposición nuestros sentidos, para hacernos presentes en este mundo a Su modo. Cuanto más nos adentremos en Sus sentimientos tanto más pronto percibiremos también en las situaciones concretas lo que Él a través de mí quisiera haber hecho, dicho u omitido. Con claridad interna “*sabemos*” en este instante lo que hay que hacer. Cuando obedecemos a esta certeza interna, nos experimentamos libres y en paz aún cuando quizás entremos en un conflicto por esto.

El marco para la contemplación

Para la praxis de la contemplación en la vida diaria no es lo decisivo un tiempo largo sino más bien nuestro deseo y la atmósfera. Para ello es útil tener un lugar verdaderamente silencioso, que invite ópticamente al encuentro con Cristo por medio de una imagen (p.e. un ikono de Cristo) o de un cirio. No es tiempo perdido que dediquemos un buen rato a conseguir el silencio y así pueda ascender en nosotros la nostalgia de Jesús. Incluso si sólo queda poco tiempo para la contemplación, esta breve oración es valiosa. Para ello una ayuda pequeña, pero no despreciable, es preparar el texto del Evangelio la noche anterior (o en otro momento del día). Para que

se produzca la profundización es discutible coger cada día un texto nuevo. Más bien se debe recomendar contemplar varias veces el mismo texto. Naturalmente también puede ser que un acontecimiento o un encuentro de la vida diaria determine la elección del pasaje evangélico que sirva para dialogar con Cristo.

¿Qué es lo que ayuda para el discernimiento?

Así ha vivido Ignacio. En los muchos negocios como General de una Orden en rápido crecimiento, Ignacio nunca perdió esta unión íntima, sentida con Cristo. Todo lo que hubiera que negociar y que decidir lo resolvía a la luz de su relación con Cristo. Cuando algo comenzaba a enturbiarse a esta luz, podía no ser del Señor. Si una idea, una propuesta o una consulta mezclaba un saborcillo insulso al gusto de su relación con Cristo, entonces estaba claro para Ignacio que tenía que oponerse a esta exigencia.

Esta fue la praxis del discernimiento de espíritus desde la cual dio las pautas en el libro de los Ejercicios. Cuando algo al alma *“la enflaquece o inquieta o conturba, quitándole su paz, tranquilidad y quietud que antes tenía, clara señal es de proceder del mal espíritu, enemigo den nuestro provecho y salud eterna.”* (EE 333). Esto sólo es válido, cuando la paz del alma es una paz “en el Señor”: el eco afectivo de la orientación del alma hacia Cristo. Este modo de vivir es el que Nadal, uno de sus más fieles discípulos, llamó “contemplativo en acción”. Todos los que son llamados al seguimiento de Cristo del modo ignaciano son invitados a esta forma de vida.

Alex Lefrank S.J.

Werkheft 1/2008

www.vacarparacon-siderar.es